



Vasili Grossman
Por una causa justa



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

Por una causa justa

VASILII GROSSMAN

Por una causa justa

Traducción de
Andréi Kozinets

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

PRIMERA PARTE

El 29 de abril de 1942, el tren del dictador de la Italia fascista, Benito Mussolini, hizo su entrada en la estación de Salzburgo, engalanada para la ocasión con banderas italianas y alemanas.

Tras una ceremonia protocolaria, Mussolini y su séquito se desplazaron hasta el antiguo castillo de Klessheim, edificado bajo el auspicio de los obispos de Salzburgo. Allí, en sus amplias y frías salas recién decoradas con muebles traídos ex profeso de Francia, se celebraría una sesión de reuniones ordinaria entre Hitler y Mussolini. Ribbentrop, Keitel, Jodl y otros jefes alemanes mantendrían, por su parte, conversaciones con dos de los ministros italianos, Ciano y el general Cavallero, quienes, junto con Alfieri, el embajador italiano en Berlín, integraban la comitiva del Duce.

Aquellos dos hombres, que se creían dueños de Europa, se reunían cada vez que Hitler conjugaba sus fuerzas para desatar otra catástrofe en Europa o África. Sus reuniones privadas en la frontera alpina entre Austria e Italia solían desembocar en invasiones militares, actos de sabotaje y ofensivas de ejércitos motorizados de millones de hombres por todo el continente. Los breves comunicados de prensa que informaban sobre las reuniones entre los dictadores mantenían en vilo los corazones, acongojados y expectantes.

La ofensiva del fascismo en Europa y África sumaba ya siete años de victorias y, con toda probabilidad, a ambos dictadores les habría costado enumerar la larga lista de grandes y pequeños triunfos que los habían conducido a imponer su dominio sobre inmensos territorios y cientos de

millones de seres humanos. Después de ocupar sin derramamiento de sangre Renania, Austria y Checoslovaquia, Hitler invadió Polonia en agosto de 1939 tras derrotar a los ejércitos del mariscal Ridz-Smigly. Francia, una de las vencedoras de Alemania en la Primera Guerra Mundial, cayó bajo su embate en 1940. Luxemburgo, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Noruega, aplastadas en la acometida, corrieron la misma suerte. Fue Hitler quien arrojó Inglaterra fuera del continente europeo al expulsar sus ejércitos de Noruega y Francia. Entre 1940 y 1941 fueron ocupadas Grecia y Yugoslavia. En comparación con la invasión paneuropea hitleriana, el bandidaje mussoliniano en Abisinia y Albania parecía obra de un provinciano. Los imperios fascistas extendieron su dominio sobre los territorios de África del Norte y ocuparon Abisinia, Argelia, Túnez, los puertos de la Costa Occidental e incluso llegaron a amenazar Alejandría y El Cairo. Japón, Hungría, Rumanía y Finlandia eran aliados militares de Alemania; los círculos fascistas de Portugal, España, Turquía y Bulgaria, sus cofrades. A los diez meses del inicio de la invasión de la Unión Soviética, los ejércitos de Hitler ya habían ocupado Lituania, Estonia, Letonia, Ucrania, Bielorrusia y Moldavia, además de las regiones de Pskov, Smolensk, Oriol, Kursk y parte de las regiones de Leningrado, Kalinin, Tula y Vorónezh. La maquinaria económico-militar creada por Hitler engulló enormes riquezas: las acererías y las fábricas de automóviles y de maquinaria francesas, las minas de hierro de la zona de la Lotaringia, las industrias siderúrgica y minera de carbón belgas, la mecánica de precisión y las fábricas de transistores holandesas, la metalurgia austríaca, las fábricas de armamento Skoda en Checoslovaquia, los pozos petrolíferos y las refinerías de Rumanía, el mineral de hierro noruego, las minas de wolframio y de mercurio de España, las fábricas textiles de Lodz. La larga correa de transmisión del «nuevo régimen» hizo girar simultáneamente las ruedas y en consecuencia poner en funcionamiento las máquinas de cientos de miles de industrias menores en todas las ciudades de la Europa ocupada.

Los arados de veinte países surcaban las tierras de cultivo y las muelas de molino trituraban cebada y trigo para el consumo de los invasores. En tres océanos y cinco mares se echaban las redes para abastecer de pescado las metrópolis fascistas. Las prensas hidráulicas de las plantaciones africanas y europeas exprimían uva, olivas, lino y girasol para procurar mosto y aceites. Millones de manzanos, ciruelos, limoneros y naranjos maduraban abundantes frutos que, una vez en sazón, se almacenaban en cajas de madera estampadas con un águila impresa en tinta negra a modo de sello. Dedos de hierro ordeñaban vacas danesas, holandesas y polacas, esquilaban ovejas en los Balcanes y en Hungría.

Parecía que el dominio sobre los territorios ocupados en África y Europa hiciera crecer sin cesar el poder del fascismo. Los secuaces del nazismo –auténticos traidores a la libertad, el bien y la verdad–, guiados por un servilismo rastrero ante el triunfo de la violencia, proclamaban como auténticamente nuevo y superior el régimen hitleriano, augurando la devastación de todos aquellos que aún resistían. En el «nuevo orden» instituido por Hitler en la Europa conquistada se renovaron todos los tipos, formas y modos de violencia de cuantos habían existido a lo largo de la milenaria historia del dominio de unos pocos sobre una mayoría. La reunión de Salzburgo de finales de abril de 1942 se celebró en vísperas de una amplia ofensiva en el sur de Rusia.

2

Nada más comenzar la reunión, como ya era habitual en ellos, Hitler y Mussolini expresaron su satisfacción por el hecho de que las circunstancias hubieran propiciado aquel encuentro entre ambos, rubricando su conformidad con amplias y afables sonrisas que dejaron al descubierto todo

el esmalte y el oro de sus dentaduras postizas. Mussolini conjeturó que el invierno y la cruel derrota sufrida en el asedio a Moscú habían hecho mella en Hitler al percatarse de su desmejorado aspecto: las bolsas debajo de los ojos habían aumentado, las abundantes canas se habían extendido más allá de las sienes, la lividez del cutis se había acentuado hasta rayar en lo enfermizo. Tan sólo la guerra del Führer conservaba su impecabilidad habitual. Sin embargo, la expresión huraña y feroz característica del semblante de Hitler se había hecho aún más manifiesta.

Al echar un vistazo al Duce, Hitler barruntó que, al cabo de cinco o seis años, aquél ya habría entrado de lleno en la decrepitud: su prominente barriga de viejo abultaría más y acentuaría la cortedad de sus piernas, la mandíbula sería más pesada todavía. Aquella asimetría entre un cuerpo de enano y un mentón de gigante que presentaba el aspecto del Duce era espantosa, aunque su perspicaz mirada de ojos oscuros conservaba intacta su dureza. Sin dejar de sonreír, el Führer elogió el rejuvenecido físico del Duce. Éste, a su vez, felicitó a su anfitrión a tenor de su buen aspecto, que atestiguaba una salud y un espíritu inquebrantables.

Se pusieron a conversar sobre el pasado invierno. Mussolini, frotándose las manos como si se le congelaran con sólo mencionar el frío moscovita, felicitó a Hitler por haber derrotado los hielos de Rusia, personificados en sus tres generales: diciembre, enero y febrero. La solemnidad de su voz delataba que tanto sus cumplidos como su amplia y estática sonrisa eran premeditados. Coincidieron en que, a pesar de la enorme cifra de bajas y los incontables daños materiales de aquel invierno, inusitadamente crudo y devastador incluso para los rusos, las divisiones alemanas en retirada no habían sufrido su Bereziná.¹ Aquel he-

1. Alusión a la decisiva derrota que sufrió el ejército de Napoleón en 1812 cuando emprendía la retirada tras la campaña en territorio ruso. Aún hoy día, en Francia el término «Bereziná» es sinónimo de catástrofe. (Salvo indicación contraria, todas las notas son del traductor.)

cho, a su modo de ver, certificaba, tal vez, que el hombre que comandaba la guerra contra Rusia en 1941 era superior a aquel que lo había hecho en 1812. Después, debatieron las perspectivas comunes.

Como el invierno ya había terminado, nada podría salvar Rusia, el último enemigo del «nuevo orden» que aún quedaba en el continente. La próxima ofensiva haría hincar la rodilla a los soviets y dejaría sin combustible las fuerzas aéreas y terrestres del Ejército Rojo, las industrias de los Urales y la agricultura basada en el monocultivo, precipitando así la caída de Moscú. Una vez derrotada Rusia, Inglaterra capitularía. Las guerras aérea y submarina harían claudicar rápidamente a los ingleses: el frente oriental habría dejado de existir, y eso permitiría concentrar todas las fuerzas y maximizar su capacidad destructiva. La General Motors, la Steel Trust, la Standard Oil, todas aquellas empresas americanas encargadas de fabricar motores para carros de combate, aviones, acero, caucho sintético y magnesio, no tenían ningún interés en aumentar la producción, bien al contrario, la frenarían con el fin de incrementar sus beneficios, asegurados por el monopolio. En lo que se refería a Gran Bretaña, Churchill odiaba a su aliado ruso más que a su adversario alemán, de modo que en su cerebro senil reinaba una confusión tal que le impedía discernir de qué bando estaba. Los dictadores no se sentían con ánimo de hablar sobre el «ridículo paralítico» de Roosevelt. Ambos coincidían sobre la situación en Francia. A pesar de la reciente reorganización del gobierno de Vichy emprendida por Hitler, la animadversión hacia los alemanes cobraba fuerza y el Führer temía la traición. Sin embargo, para él todo aquello no tenía especial relevancia ni le causaba inquietud puesto que, una vez tuviera las manos libres en el Este, la paz y la tranquilidad se establecerían en toda Europa.

Esbozando una sonrisa, Hitler prometió trasladar a Heydrich desde Checoslovaquia para que pusiera orden en Francia; después pasó a los asuntos africanos. Al revisar la situación de las tropas de Rommel, enviadas a África

ca en apoyo a los italianos, Hitler no dejó escapar un solo reproche, por lo que Mussolini comprendió que antes de abordar el asunto fundamental de aquella reunión el Führer había querido expresar deliberadamente su apoyo a la ofensiva de los italianos en África.

En efecto, pronto se empezó a hablar de Rusia. Hitler parecía no querer darse cuenta de que los encarnizados combates en el frente oriental y las bajas que el ejército alemán había sufrido durante el invierno lo habían imposibilitado para mantener la ofensiva simultánea en el sur, el norte y el centro. Hitler se obstinaba en creer que el plan de la próxima campaña de verano había sido fruto exclusivamente de su libre albedrío, y que sólo su voluntad y pensamiento determinaban el curso de la guerra.

Comunicó a Mussolini que las bajas soviéticas eran incalculables, debido a que el trigo ucraniano había quedado en poder de los alemanes. La artillería pesada bombardeaba Leningrado sin descanso. Los países bálticos habían sido arrebatados a Rusia por los siglos de los siglos. El Dnieper quedaba en la retaguardia profunda de los ejércitos alemanes. El carbón, la industria petroquímica, los minerales y la producción metalúrgica del Donbass estaban en manos de la Vaterland, la madre patria; los cazas alemanes hacían incursiones en la mismísima ciudad de Moscú; la Unión Soviética había perdido Bielorrusia, la mayor parte de Crimea y los territorios milenarios de la Rusia Central; los rusos habían sido expulsados de Smolensk, Pskov, Oriol, Viasma y Rzhev, pueblos históricos por excelencia. Sólo quedaba asestarles el golpe de gracia, aunque, para que la ofensiva en cuestión fuera efectivamente la definitiva, su potencia debería ser inconmensurable. Los generales de la sección de operaciones del Estado Mayor consideraban inviable la doble ofensiva en Stalingrado y en el Cáucaso, pero Hitler dudaba de las razones que éstos esgrimían. Si el año anterior él había sido capaz de operar en África, bombardear Inglaterra desde el aire, frustrar los empeños de los americanos gracias a su flota submarina y avanzar rápidamente hacia el interior de Rusia desplegan-

do un frente de tres mil kilómetros de longitud, ¿por qué habían de dudar entonces, cuando la pasividad total de Estados Unidos e Inglaterra dejaba el camino expedito a los ejércitos alemanes y permitía concentrar toda la potencia del ataque única y exclusivamente en un solo sector del frente oriental? Esta nueva y mortífera ofensiva en Rusia debería ser de dimensiones colosales. Se preveía volver a desplazar grandes efectivos desde el oeste hasta el este; en Francia, Bélgica y Holanda únicamente permanecerían las divisiones a cargo de la vigilancia de las costas. Las tropas trasladadas al este serían reagrupadas, de modo que las tropas situadas en el norte, en el noroeste y en el oeste tendrían un papel meramente testimonial. Los efectivos que tomarían parte en la ofensiva se habrían concentrado en el sudeste.

Probablemente jamás se había concentrado tanta artillería, divisiones acorazadas, infantería, cazas y bombarderos en un solo sector del frente. Aquella particular ofensiva reunía todos los elementos propios de un ataque a escala mundial. Sería la última y definitiva etapa en el advenimiento del nacionalsocialismo, y determinaría los destinos de Europa y del mundo. El ejército italiano debería tomar parte en ella y estar a la altura de las circunstancias. La industria, la agricultura y la nación italianas también eran llamadas a participar. Mussolini conocía de antemano la prosaica realidad que derivaba de sus amistosas reuniones con Hitler. Las últimas palabras del Führer aludían a los centenares de miles de soldados italianos trasladados en convoyes militares rumbo al este, el brusco aumento en el suministro de víveres y productos agrícolas, la leva forzosa y extraordinaria de la mano de obra para las empresas alemanas.

Una vez finalizada la reunión, Hitler salió del despacho detrás de Mussolini y lo acompañó a través de la sala de recepción. El Duce escudriñaba con una mirada rápida y celosa a los centinelas alemanes cuyos hombros y uniformes parecían de acero; sólo sus ojos irradiaban una frenética tensión cuando el Führer pasaba por su lado. Aquel color gris y uniforme que tenían en común la casaca de un

soldado raso y la guerrera de Hitler, similar al de un buque de guerra y el del armamento terrestre, poseía algo que lo hacía superior respecto a los suntuosos colores del uniforme militar italiano, algo que ponía de manifiesto todo el poderío del ejército alemán.

¿Era posible que aquel arrogante comandante en jefe fuera el mismo que, ocho años atrás, durante el primer encuentro entre ambos, ataviado con un chubasquero de color blanco, un sombrero arrugado y unas botas amarillas que le daban el aire de un actor o un pintor de provincias, caminaba a trompicones provocando risas y sonrisas de la multitud veneciana mientras pasaba revista a los carabinieri y guardias junto con el Duce, que vestía un capote de general, un casco de alto plumaje y una guerrera de general romano bordada en plata?

El Duce no dejaba de sorprenderse ante los triunfos y el poder de Hitler. El éxito de aquel psicópata de Bohemia tenía algo de irracional; en su fuero interno, Mussolini consideraba que se debía a una broma o a un malentendido de la Historia universal.

Por la noche Mussolini conversó un rato con Ciano, su yerno. Hablaron durante un breve paseo por el esplendoroso jardín primaveral. Habían salido por miedo a que su amigo y aliado hubiera podido instalar micrófonos ocultos de la marca Siemens en los aposentos del castillo. Mussolini estaba de un humor de perros: había tenido que transigir de nuevo, de modo que la cuestión de la creación del «Gran Imperio Italiano» no se iba a resolver en el Mediterráneo y en África sino en algún maldito lugar de las estepas del Don y Kalmukia. Ciano se interesó por la salud del Führer. Mussolini respondió que lo había visto animoso, aunque algo cansado y tan charlatán como siempre. Ciano comentó que Ribbentrop había sido amable con él hasta tal punto que, incluso, le había parecido inseguro. Mussolini replicó que el próximo verano decidiría el destino de todos y supondría el balance final de cuanto se había emprendido hasta entonces.

—Creo que cualquier fracaso del Führer sería también

el nuestro; sin embargo, últimamente no estoy tan seguro de que también supusiera el nuestro su triunfo final –confesó Ciano. Al constatar que su escepticismo no era respaldado, el yerno se fue a dormir.

El 30 de abril, tras el desayuno, se celebró la segunda reunión entre Hitler y Mussolini, en la que también estuvieron presentes los respectivos ministros de exteriores, mariscales y generales. Aquella mañana Hitler estaba muy inquieto. Sin consultar los papeles dispuestos sobre la mesa, el Führer barajaba datos y cifras referentes a las tropas y a la capacidad productiva de las fábricas. Habló sin descanso durante una hora y cuarenta minutos mientras se relamía los labios con su gruesa lengua, como si, al hablar, notara un sabor dulce en la boca. En su discurso hizo referencia a cuestiones de lo más variopinto: *Krieg, Friede, Weltgeschichte, Religion, Politik, Philosophie, Deutsche Seele...*² Hablaba rápido, con convicción y tranquilidad, sin elevar apenas el tono de voz. Sólo rió en una ocasión, con la cara crispada: «Muy pronto la risa judía cesará para siempre», dijo. Alzó un puño, pero enseguida abrió la mano y bajó el brazo con suavidad. Su homólogo italiano torció el gesto, pues el temperamento del Führer lo asustaba. Hitler saltó varias veces de las cuestiones puramente bélicas al tema de la organización en la época de posguerra. Era indudable que su pensamiento, adelantándose al triunfo de la próxima ofensiva estival en Rusia que supondría el final de la contienda en el continente europeo, a menudo estaba ocupado en cuestiones propias de los tiempos de paz que estaban por llegar: las relaciones con la religión, las leyes sociales, las ciencias nacionalsocialistas y el arte que podrían desarrollarse, por fin, en la nueva Europa de posguerra, libre de comunistas, demócratas y judíos. En efecto, no era conveniente posponer la solución de todos aquellos asuntos más allá de septiembre u octubre, cuando la derrota militar de la Rusia soviética habría dado lugar al comienzo

2. La guerra, la paz, la historia mundial, la religión, la política, la filosofía, el alma alemana.

de la época de paz, y centenares de cuestiones habrían cobrado toda su relevancia una vez sofocados los incendios y asentado el polvo de la última batalla que el pueblo ruso habría de librar en la Historia. La normalización de la vida nacional en Alemania, el estatus económico-político y la ordenación territorial de los países vencidos, las leyes para poner coto a los derechos y a la educación de los pueblos inferiores, la selección y la regularización de la procreación, el desplazamiento de grandes contingentes humanos desde la Unión Soviética a Alemania para los trabajos de reconstrucción, la construcción de campos de concentración donde serían alojados permanentemente, la liquidación y el desmantelamiento de núcleos industriales en Moscú, Leningrado, los Urales, e incluso un asunto tan irrelevante a la vez que inevitable como la rebautización de las ciudades rusas y francesas: muy pronto urgiría resolver todas aquellas cuestiones.

En la manera de hablar de Hitler había un rasgo peculiar: parecía no conceder excesiva importancia al hecho de que lo escucharan. Su hablar era carnívoro, los grandes labios se movían a placer. Mientras departía dirigía su mirada por encima de las cabezas de los presentes, hacia algún punto entre el techo y el lugar donde comenzaba el blanco cortinaje de raso que bordeaba las oscuras y pesadas puertas de roble de la sala de reuniones. De cuando en cuando Hitler soltaba frases altisonantes del tipo: «El ario es el Prometeo de la humanidad...», «He restituido a la violencia su valor como fuente de toda grandeza y madre de todo orden...», «Hemos hecho realidad el dominio eterno del Prometeo ario sobre los seres humanos y demás moradores de la Tierra». Al pronunciar aquellas palabras Hitler sonreía y, en un arrebato de emoción, tragaba aire a bocanadas.

Mussolini frunció el entrecejo. En un movimiento brusco, giró la cabeza y volvió los ojos como si hubiera querido mirar su propia oreja; luego consultó un par de veces su reloj de pulsera: también a él le encantaba hablar. Durante aquellas reuniones, en las que su homólogo, menor en edad

y en cierto sentido discípulo suyo, siempre resultaba ser el primero, el Duce sólo encontraba consuelo en la superioridad de su inteligencia, y por eso le fastidiaba tener que permanecer callado durante tanto rato. En todo momento se sentía observado por Ribbentrop, que lo miraba afable pero con insistencia. Ciano, acomodado a su lado en un sillón, escuchaba con la mirada fija en los gruesos labios del Führer por si éste comentaba algo sobre las colonias norteafricanas y la futura frontera franco-italiana, pero en aquella ocasión Hitler evitó tratar de cuestiones prosaicas. Alfieri, que solía escuchar a Hitler más a menudo que los demás miembros de la comitiva italiana, miraba con expresión tranquila y resignada hacia el cortinaje, en la misma dirección que el Führer. Jodl, sentado en una butaca alejada, dormitaba con una expresión atenta y cortés en el rostro. Keitel estaba justo enfrente de Hitler; como tenía miedo a quedarse traspuesto, sacudía de vez en cuando la enorme cabeza, se ajustaba el monóculo y, sin mirar a nadie, intentaba escuchar, ceñudo y huraño. El general Cavallero, con el cuello estirado y la cabeza ladeada, atendía al discurso de Hitler con una mueca de felicidad y adulación mal disimuladas y, de tanto en cuando, asentía rápidamente, absorto en las palabras del Führer.

Para aquellos jerarcas, ministros y generales alemanes e italianos que más de una vez habían asistido a reuniones semejantes, la cumbre de Salzburgo no difería en nada de las anteriores. Como ya era habitual, los temas de conversación giraban en torno a la política en el continente y la guerra mundial. La actitud del Führer y del Duce durante esos encuentros también era la habitual: los allegados comprendían muy bien el sentimiento que se había cristalizado y asentado entre ambos. Conocían perfectamente aquella sensación de desigualdad que Mussolini albergaba en secreto y de la que era incapaz de desprenderse. Sabían que lo irritaba sobremanera el hecho de que la iniciativa no proviniera de Roma. Lo exasperaban las decisiones que se tomaban en Berlín, las declaraciones conjuntas cuya firma se le solicitaba cortés y solemnemente pero de

cuya elaboración era excluido. Estaba harto de ser despertado antes del amanecer, cuando el sueño era más dulce, para acudir a la llamada del Führer, quien tenía la costumbre de convocar sin ceremonias, en plena noche, al patriarca del fascismo. Ciano sabía que Mussolini, en su fuero interno, juzgaba a Hitler un zoquete, y que su único y permanente consuelo consistía en considerar meramente numérica y estadística la superioridad de la hueste, la industria y la nación alemanas respecto de las italianas. La fuerza de Mussolini residía en su propia persona. El Duce gustaba incluso de ridiculizar a los italianos a causa de su apocamiento, lo cual ponía aún más de manifiesto la fortaleza personal de aquel hombre que pugnaba por hacer un martillo de una nación que, durante dieciséis siglos, había sido un yunque. En el transcurso de la reunión, como ya había ocurrido en otras ocasiones, los allegados de los dictadores, que no se perdían ni uno de los gestos y miradas de sus amos, apuntaron para sí que las relaciones entre Hitler y Mussolini, tanto interna como externamente, permanecían inalterables. La gravedad manifiesta del ambiente que reinaba en la reunión también era la acostumbra, y su formalidad, una muestra más de la grandeza guerrera y la omnipotencia de los allí congregados. Tal vez, cierta novedad de la cumbre de Salzburgo consistiera en que en ella se trató de un último y decisivo esfuerzo bélico, dado que en todo el continente europeo ya no quedaba rival capaz de resistir militarmente, a excepción de los ejércitos soviéticos que se habían batido en retirada, lejos, hacia el este. Quizás algún historiador nacionalsocialista anotara en su momento aquella peculiaridad de la cumbre de Salzburgo. Es posible que la extraordinaria convicción y seguridad en sí mismo que Hitler mostró durante la reunión conformara otra novedad de aquel encuentro y, de este modo, la hiciera diferente de las que se habían celebrado hasta la fecha.

Sin embargo, si hubo algo que hiciera realmente especial la reunión de Salzburgo con respecto a todos los anteriores encuentros entre Hitler y Mussolini fue el expreso e

insistente deseo del líder alemán de abordar con una arrogancia desmesurada el tema de la paz. Por aquella vía se delató su inconsciente miedo ante la guerra que él mismo había desatado y con la que hasta entonces había gozado intensamente. Durante seis años Hitler había salido victorioso de todos los envites gracias a su diabólica crueldad y sus temerarias tretas de jugador metido a militar. Estaba convencido de que había una sola fuerza real en el mundo, la de su ejército y su imperio, de modo que todo aquello que le hacía frente le parecía ficticio, irreal y de poco peso. Lo único real y de peso era su puño, un puño que hacía pedazos, uno tras otro, como si de telarañas se tratara, los planes políticos y militares de los Estados europeos. Creía con toda sinceridad que, al revivir las atrocidades de las épocas arcaicas y volver a blandir la maza del hombre primitivo, había abierto nuevos caminos para la Historia. Tras dejar en evidencia la caducidad de facto del Pacto de Versalles, lo rompió y lo pisoteó para reescribirlo después a su manera ante la mirada del presidente de Estados Unidos y los primeros ministros de Francia e Inglaterra. Restableció el servicio militar obligatorio en Alemania y emprendió la construcción de la Armada y de los ejércitos de Tierra y Aire, a pesar de la expresa prohibición del Pacto de Versalles. Volvió a militarizar Renania desplegando allí treinta mil efectivos, suficientes para revertir a su favor los efectos de la Primera Guerra Mundial. Para aquel fin no le hicieron falta ejércitos multitudinarios ni armamento pesado. Golpe tras golpe, destruyó, uno tras otro, los nuevos Estados de la Europa post-Versalles: Austria, Checoslovaquia, Polonia y Yugoslavia.

Pero su espíritu se ofuscaba en la misma medida en que aumentaba la notoriedad de sus éxitos. No era capaz de comprender, y ni siquiera de imaginar, que en el mundo pudiera existir algo más aparte de fuerzas, que él creía ficticias, maniobras políticas, propaganda en todas sus vertientes o gobiernos que contagiaban su impotencia a soldados y marineros: todo aquello que su triunfante maza no tardaba en hacer pedazos.

El 22 de junio de 1941 los ejércitos germanos iniciaron la invasión de la Rusia soviética. Los primeros triunfos cegaron a Hitler e impidieron que apreciara la naturaleza gránica de las fuerzas espirituales y materiales a las que se enfrentaba. Éstas no eran ficticias, eran las fuerzas de una nación que había puesto los cimientos de un mundo futuro. La ofensiva del verano de 1941 y las numerosas bajas sufridas durante el invierno del mismo año desangraron el ejército germano y llevaron la industria militar al borde del colapso. Hitler ya no podía mantener, como había hecho el año anterior, la ofensiva simultánea en el sur, el norte y el centro. Al volverse lenta y dificultosa, la guerra enseguida perdió para Hitler todo su encanto. Pero no podía dejar de avanzar: aquello supondría su perdición, y no una ventaja. La guerra contra Rusia que Hitler había desatado diez meses atrás empezó a agobiarlo y a atemorizarlo, a la vez que se avivaba como un incendio en la estepa. No había forma de sofocarla, se escapaba a todo control a medida que se iba extendiendo. Sus dimensiones, su furia, su fuerza y su duración no dejaban de aumentar, de modo que Hitler tenía que acabar con ella, costara lo que costase, a pesar de que se había comprobado que fue más fácil empezarla con buen pie que acabarla de la misma manera.

Precisamente aquel rasgo distintivo, imperceptible aún, encubría la puesta en acción de las fuerzas históricas que, en adelante, desembocarían en la perdición de casi todos los participantes en la reunión de Salzburgo. Fue justamente en aquel encuentro donde el dictador fascista anunció su última y decisiva ofensiva contra la Unión Soviética.

Piotr Semiónovich Vavílov recibió el aviso de que tenía que incorporarse a filas en el momento menos oportuno: si la oficina de reclutamiento hubiese tardado un mes y

medio o dos más en notificárselo, habría podido dejar a su familia abastecida con pan y leña para todo el año.

Cuando vio a Masha Balashova caminar por la calle en dirección a su casa con una papeleta blanca en la mano, a Vavílov se le partió el alma. Ella pasó al lado de la ventana sin mirar dentro de la casa y, por un instante, él creyó que pasaría de largo; pero entonces recordó que ya no quedaban hombres jóvenes en las casas vecinas y que los viejos estaban exentos de ir a la guerra. Efectivamente, algo retumbó enseguida en el zaguán: tal vez Masha tropezara a oscuras e hiciera chocar el balancín contra un cubo.

Algunas noches Masha iba a casa de los Vavílov para visitar a Nastia, la hija de Piotr Semiónovich, con la que hacía muy poco había compartido estudios. Masha solía llamar a Vavílov «tío Piotr»; sin embargo, esta vez dijo: «Firme conforme ha recibido el aviso», y no fue a hablar con su amiga. Vavílov se sentó a la mesa y estampó su firma. «Bueno, ya está», dijo, y se puso en pie. Aquel «ya está» no se refería al aviso que acababa de firmar, sino que rubricaba el fin de su vida en familia y en casa, una vida que, en aquel instante, se había interrumpido para él.

La casa que iba a abandonar se le antojó buena y agradable. La estufa, que humeaba en los días húmedos de marzo, le pareció entrañable, como si fuera un ser vivo con el que había compartido toda una vida. A través de la cal desconchada de sus costados, abombados a causa de la vetustez, se entreveían los ladrillos. Al entrar en casa durante el invierno, Vavílov extendía los dedos entumecidos por el frío sobre la estufa y aspiraba su calor. Durante las noches se acostaba cerca de ella para calentarse, con una pelliza de cordero por colchón, pues sabía perfectamente cuáles de sus partes desprendían más o menos calor. Antes de ir a trabajar, se levantaba a oscuras de la cama, se acercaba a la estufa y la tanteaba con la mano, familiarizada con sus recovecos, en busca de cerillas o calcetones ya secos después de la noche. La mesa del comedor con las huellas negruzcas que el fondo caliente de la sartén había dejado en ella, la banqueta al lado de la puerta donde su

mujer se sentaba para pelar patatas, la rendija entre los tablones del piso, cerca del umbral, por donde los niños espiaban la vida clandestina de los ratones, los visillos blancos de las ventanas, la olla de hierro fundido, hasta tal punto ennegrecida a causa del hollín que no era posible distinguirla por la mañana en la tibia oscuridad de la estufa, la repisa de la ventana con una planta de color rojo dentro de un tarro, la toalla que colgaba de un clavo: todas aquellas cosas despertaron en Vavílov una ternura que sólo los seres vivos habrían sido capaces de inspirarle. Alekséi, el mayor de los tres hijos de Vavílov, había partido a la guerra. En casa quedaban Vania, el menor, que tenía cuatro años, y Nastia, de dieciséis. Vania era un niño sensato e ingenuo a la vez. Vavílov lo apodaba «samovar», pues efectivamente lo parecía: al resoplar adoptaba un semblante serio y grave, era rubicundo y tenía un pequeño grifo que le asomaba por la bragueta siempre desabrochada del pantalón.

Nastia ya trabajaba en un koljós,³ y con dinero propio se había comprado un vestido, unos botines y una boina de paño rojo que se le antojaba muy elegante. Se la ponía y se miraba en un espejo de mano cuyo azogue estaba semidesconchado, de modo que Nastia veía a la vez su cara, la boina y sus dedos sosteniendo el espejo. La cara y la boina se reflejaban en el espejo, mientras que los dedos se veían como a través de una ventana. Cuando Nastia salía a pasear en compañía de amigas tocada con la famosa boina, Vavílov, al verla caminar excitada y alegre por la calle, solía pensar con tristeza que después de la guerra habría más muchachas casaderas que pretendientes para ellas.

Sí, en aquella casa había transcurrido su vida. Aquélla era la mesa donde Alekséi, junto con algunos de sus com-

3. Abreviatura de *kollektívnoye joziáistvo*: explotación agrícola colectiva. Los koljoses fueron creados en el marco de la colectivización obligatoria de la agricultura (1929-1931) con el fin de suprimir la propiedad privada e introducir el pleno control del Partido Comunista sobre la economía y la vida social del campo.

pañeros, había estudiado matemáticas durante noches enteras para el examen de ingreso en el instituto agrónomo. También Nastia se había sentado allí con unas amigas para leer una antología de literatura rusa. En torno a aquella mesa se reunían los hijos de vecinos que venían de visita desde Moscú y Gorki. Cuando hablaban sobre sus vidas y sus trabajos, Maria Nikoláyevna, la esposa de Vavílov, decía:

–Bueno, nuestros hijos también irán a la ciudad a estudiar para ser catedráticos e ingenieros.

Vavílov sacó de un baúl un pañuelo rojo en el que estaban envueltos algunos certificados y las partidas de nacimiento, y tomó su cartilla militar. Después de meterla en un bolsillo de su chaqueta y guardar de nuevo en el baúl aquel pequeño hatillo con los documentos de su esposa y de sus hijos, tuvo la sensación de haberse separado, en cierto modo, del resto de su familia. Mientras, su hija lo miraba de un modo inhabitual en ella, como inquiriendo. En aquel instante Vavílov se convirtió para ella en un ser diferente, como si un velo invisible se hubiera interpuesto entre ambos. La esposa de Piotr Semiónovich iba a regresar tarde a casa: la habían enviado junto con otras mujeres a despejar la carretera de acceso a la estación ferroviaria por la que los camiones militares transportaban heno y trigo que luego se cargaban en los trenes.

–Bueno, hija, ahora me toca a mí –dijo.

Ella le respondió en voz baja:

–Usted no se preocupe por mí y por mamá. Ya nos las arreglaremos. Lo más importante es que usted regrese sano y salvo.

Luego lo miró de abajo arriba y añadió:

–Tal vez se encuentre con nuestro Aliosha,⁴ y así los dos estarán mejor.

Vavílov aún no había reflexionado acerca de lo que le aguardaba. En aquel momento sus pensamientos estaban ocupados en los temas relacionados con su casa y el kol-

4. Apelativo cariñoso de Alekséi.

jós, asuntos que dejaba sin resolver. Cayó en la cuenta de que aquellos pensamientos habían variado y adquirido un nuevo cariz en pocos minutos. Desde aquella mañana venía pensando en remendar una bota de fieltro, soldar un cubo agujereado, luego triscar una sierra, coser los rotos de una pelliza y herrar los tacones de las botas de su mujer. Sin embargo, ahora tenía que hacer todo aquello que su esposa no podría desempeñar sola. Empezó por lo más fácil: enastó la hoja del hacha en un mango nuevo que tenía de reserva. Luego cambió el peldaño roto de una escalera de mano y subió al tejado de la casa para ponerlo a punto. Para tal fin había cargado con varias tablas nuevas, el hacha, una pequeña sierra y una bolsita con clavos. Por un momento tuvo la sensación de que ya no era un hombre de cuarenta y cinco años, padre de familia, sino un chaval que había trepado al tejado para hacer alguna travesura, cuya madre estaba a punto de salir de casa y, cubriéndose los ojos con la mano a modo de pantalla, gritarle al verlo allí arriba: «¡Pietka,⁵ que te aspen, baja ahora mismo!». Además, impaciente y rabiosa por no poder agarrarlo de la oreja, daría una patada en el suelo y volvería a gritarle: «¡Te he dicho que bajas!».

Una vez encaramado en el tejado, Vavílov miró involuntariamente en dirección a una colina, cubierta de saúcos y serbales, situada más allá del pueblo y sobre cuyas laderas se veían unas pocas cruces hundidas en el suelo. Por un instante se sintió culpable ante sus hijos, ante su madre muerta, de cuya tumba ya no tendría tiempo de ocuparse para arreglar la cruz. Su sentido de responsabilidad para con la tierra que ya no habría de arar aquel otoño y para con su esposa, sobre cuyos hombros dejaría toda la carga que hasta entonces le había correspondido a él, acrecentó en Vavílov aquel sentimiento de culpa. Miró el pueblo, la ancha calle, las isbas con sus patios, el bosque oscuro a lo lejos y el cielo alto y despejado: era el lugar donde había transcurrido su vida. De entre todo cuanto

5. Diminutivo de Piotr.

veía destacaban la mancha blanca del colegio nuevo, en cuyas espaciosas ventanas brillaba el sol, y la larga pared del establo de la granja, asimismo de color blanco.

¡Cuánto había trabajado sin siquiera tener unas vacaciones! Sin embargo, jamás había escurrido el bulto: a los cuatro años de edad, a pesar de caminar dando tumbos a causa de sus piernas arqueadas, ya pastoreaba gansos. Cuando su madre cosechaba patatas en el huerto, él la ayudaba escarbando la tierra con sus pequeños dedos en busca de algún tubérculo que hubiera pasado desapercibido, y lo llevaba al montón. Más tarde, ya en la adolescencia, guardaría ganado, removería la tierra del huerto, acarrearía agua, aparejaría el caballo, cortaría leña. Luego se hizo arador y aprendió a segar y a manejar la cosechadora.

También hizo de carpintero, de cristalero, de afilador de herramientas, de cerrajero. Cosió botas de fieltro, remendó zapatos, desolló ovejas y caballos muertos, curtió las pieles de las que luego confeccionó abrigos, sembró tabaco y construyó estufas. ¡Y qué decir de los trabajos para la comunidad! Fue él mismo quien, en septiembre, sumergido en las frías aguas del río, participó en la construcción de una presa y un molino. Junto con los demás empedró la carretera, abrió zanjas, amasó barro, partió piedras para la construcción del establo y del granero comunales, cavó depósitos para guardar las patatas propiedad del koljós. Aró tierra, segó hierba, trilló grano, cargó costales en cantidades enormes. Taló en el bosque, desbastó y transportó troncos y más troncos de roble para la edificación del nuevo colegio. Clavó innumerables clavos y siempre sostuvo un martillo, un hacha o una pala en la mano. Durante dos temporadas trabajó en la extracción de la turba: sacaba tres mil unidades al día compartiendo con otras dos personas un huevo, un cubo de *kvas*⁶ y un kilo de pan diarios como único alimento. En la ciénaga de donde se extraía la turba, el

6. Literalmente, «levadura». Es una bebida rusa fermentada de graduación suave muy popular en Rusia, Ucrania y países del Este de Europa.

zumbido de los mosquitos era tal que ahogaba el ronroneo de un motor diésel en funcionamiento. Una parte de los ladrillos con los que se construyeron el hospital, el colegio, el local social, los edificios del consejo del pueblo y de la dirección del koljós había sido obra de Vavílov. Algunos de aquellos ladrillos llegaron incluso hasta el centro del distrito. Durante dos veranos, Piotr Semiónovich trabajó de barquero transportando cargamentos para una fábrica. A pesar de que la corriente del río era tan fuerte que un nadador no habría podido vencerla, en el bote de Vavílov se cargaban ocho toneladas y todos remaban a fuerza de brazos si era necesario.

Contemplaba el paisaje a su alrededor: casas, huertos, la calle principal y los senderos que discurrían de una vivienda a otra, como quien pasa revista a toda una vida. Vio a dos ancianos caminar hacia la sede de la dirección del koljós. Eran Pújov, un hombre colérico y terco, y Koslov, un vecino de Vavílov al que en el pueblo llamaban Kóslik⁷ a sus espaldas. Natalia Degtiariova, otra de sus vecinas, salió de casa, se acercó al portalón, miró a derecha e izquierda, amenazó con un gesto de la mano a las gallinas de los vecinos y volvió dentro.

Sin duda, la huella de su trabajo perduraría en el tiempo. Vavílov fue testigo de la irrupción del tractor y de la cosechadora, de la segadora y de la trilladora en un pueblo donde su padre sólo había conocido hasta entonces el arado de madera, el trillo, la guadaña y la hoz. Vio a los jóvenes marcharse de allí para estudiar y regresar siendo agrónomos, maestros de escuela, mecánicos y técnicos en ganadería. Vavílov sabía que un hijo de Pachkin, el herrero, había llegado a general. Antes de la guerra, algunos muchachos del pueblo que habían llegado a ser ingenieros, directores de fábricas y funcionarios regionales del Partido regresaban para visitar a sus familiares.

Algunas noches se reunían para charlar sobre cosas de

7. Literalmente, «cabrito», de la misma raíz etimológica que el apellido Koslov.

la vida. El viejo Pújov consideraba que se vivía peor que antes. Tras calcular los precios del cereal, de un par de botas y de recordar el surtido del colmado y la consistencia de la sopa en época del zar, Pújov intentaba convencerles de que la vida entonces era más fácil. Vavílov se lo discutía, pues opinaba que cuanto mayor fuese la contribución del pueblo al Estado, con más facilidad podría éste devolverle después la ayuda prestada.

Las mujeres mayores decían: «Ahora sí que se nos considera personas y nuestros hijos pueden llegar a convertirse en alguien, mientras que en tiempos del zar ni siquiera se nos tenía por seres humanos, aunque las botas costaran más baratas». A lo que Pújov replicaba que el campesinado era el eterno sostén del Estado, cuyo peso, por cierto, no era nada ligero, y que tanto en el antiguo régimen como en el nuevo se tributaba, se padecían hambrunas, había campesinos pobres... Pújov solía concluir su parlamento diciendo que, en general, de no ser por los koljoses todo iría mucho mejor.

Vavílov volvió a mirar a su alrededor. Siempre había deseado que la vida de los hombres fuera espaciosa y luminosa como aquel cielo, y había trabajado por enaltecerla. Su esfuerzo y el de otros muchos como él no había sido en vano, pues la vida prosperaba.

Tras reparar el tejado, Vavílov bajó al patio y se acercó al portalón. Allí le asaltó el recuerdo de la última noche de paz, la víspera del domingo 22 de junio de 1941: entonces la inmensa y joven Rusia de los obreros y campesinos cantaba al son de los acordeones en jardines municipales, pistas de baile, calles aldeanas, arboledas, boscajes, prados y a la vera de los riachuelos patrios... De repente sobrevino el silencio, y los acordeones no terminaron de tocar su canción.

Desde hacía un año, aquel silencio áspero y grave se cernía sobre el territorio soviético.

Vavílov se encaminó en dirección al koljós. Por el camino volvió a ver a Natalia Degtiariova. Ésta solía mirarle con hosquedad y reproche, ya que su marido y sus hijos estaban en el frente. Pero en aquel momento le dirigió una mirada atenta y llena de compasión, por lo que Vavílov coligió que ya sabía que lo habían llamado a filas.

—¿De modo que te marchas, Piotr Semiónovich? —preguntó—. Maria todavía no lo sabe, ¿verdad?

—Ya se enterará —contestó.

—Vaya si se va a enterar... —dijo Natalia, se separó del portalón y se dirigió a la casa.

El presidente del koljós se había marchado por dos días al centro del distrito. Vavílov entregó al contable manco, que se apellidaba Shepunov, el dinero que el día anterior había recibido para la granja en la oficina del distrito del Banco del Estado. Shepunov le dio un recibo que Vavílov dobló en cuatro y guardó en un bolsillo.

—Está todo, hasta el último céntimo —dijo—. De modo que ya no debo nada al koljós.

Shepunov acercó a Vavílov un diario regional que había sobre la mesa. El movimiento hizo que la medalla al mérito militar, colgada de su pecho, chocara contra uno de los botones metálicos de la casaca y tintineara. Luego preguntó:

—Camarada Vavílov, ¿has leído la última hora de la Oficina de Información Soviética?

—Pues no —respondió Vavílov.

Shepunov empezó a leer:

—«El 20 de mayo, al pasar a la ofensiva en dirección a Járkov, nuestras tropas penetraron las defensas alemanas y en estos momentos están avanzando hacia el oeste después de repeler los contraataques de numerosas unidades de blindados e infantería motorizada...»

Shepunov alzó un dedo y guiñó un ojo a Vavílov.

—«... nuestras tropas han avanzado entre veinte y se-

senta kilómetros y han liberado más de trescientas poblaciones.» Y sigue: «Hemos arrebatado al enemigo trescientas sesenta y cinco piezas de artillería, veinticinco carros de combate y cerca de un millón de proyectiles...».

Miró a Vavílov con el cariño con que un viejo soldado observa a un novato y le preguntó:

—¿Lo comprendes ahora?

Vavílov le mostró la notificación de la oficina de reclutamiento.

—Claro que lo comprendo y, además, creo que es sólo el principio, de modo que llegaré justo a tiempo para cuando empiece la batalla de verdad —dijo, y alisó el aviso que tenía desplegado sobre la palma de la mano.

—¿Debo decirle algo de tu parte a Iván Mijáilovich? —preguntó el contable.

—Qué le voy a decir, si él ya lo sabe todo...

Se pusieron a hablar sobre los asuntos del koljós. Vavílov empezó a instruir a Shepunov, olvidando que el presidente «lo sabía todo»:

—Dile a Iván Mijáilovich que no utilice los tablonces que traje de la serrería para remiendos. Díselo tal cual. Luego hay que mandar a alguien para recoger la parte de nuestros sacos que se quedaron en el centro del distrito. Si no, se echarán a perder o nos los cambiarán por otros peores. En cuanto a los trámites para el préstamo... comunícale que así lo deja dicho Vavílov.

El presidente no le agradaba: hacía primar su interés personal por encima de todo lo demás, se desentendía de los asuntos de la tierra y era un hombre taimado. Redactaba informes en los que aseguraba haber cumplido con creces los planes de producción estipulados, cuando todo el pueblo sabía que no era cierto. Iba al centro del distrito e incluso al regional llevando de regalo una vez manzanas y otra miel. Trajo de la ciudad un sofá, una lámpara grande y una máquina de coser, cosa que, seguramente, no quedó reflejada en sus informes. Cuando la región fue condecorada, él fue distinguido con una medalla al mérito en el trabajo. En verano la llevaba colgada de la americana, y en in-

vierno, de la pelliza. Cuando hacía mucho frío y entraba en algún espacio cerrado donde la calefacción estuviera encendida, la superficie de la medalla se empañaba.

El presidente creía que lo más importante en la vida no era trabajar sino saber tratar con la gente, de modo que decía una cosa y hacía otra. Su actitud hacia la guerra era de lo más simple: se había dado cuenta de que, mientras durase la contienda, el comisario militar del distrito sería una de las personalidades de mayor relevancia. Efectivamente, Volodia, el hijo del presidente, se libró de ir al frente y pudo colocarse en una fábrica de armamento. A veces venía de visita a casa de su padre y se llevaba tocino y aguardiente para sus contactos.

Al presidente tampoco le gustaba Vavílov, le tenía miedo y solía decirle: «En mi opinión, eres una persona demasiado contestona, no sabes tratar con la gente». Porque el presidente sólo tenía trato con gente de quienes podía conseguir algo, personas que lo mismo podían dar que tomar. A pesar de que en el koljós muchos temían el carácter huraño y reservado en extremo de Vavílov, tenían plena confianza en él y siempre se le nombraba tesorero para administrar el dinero de las empresas colectivas y las actividades comunitarias. En toda su vida jamás había sido llevado a juicio ni interrogado; tan sólo en una ocasión, un año antes de la guerra, un incidente estúpido le había hecho pisar la comisaría.

Una tarde, un anciano llamó a la ventana de su casa y pidió posada para pernoctar. Sin decir palabra, Vavílov escrutó atentamente el rostro del viajero, cubierto con una espesa barba negra, lo acompañó al cobertizo donde se guardaba el heno y le dio una zamarra por colchón, algo de leche y un pedazo de pan.

Por la noche, unos muchachos vestidos con abrigos de cuero amarillo llegaron en coche desde el centro del distrito y se dirigieron directamente al cobertizo. Junto con el anciano detuvieron a Vavílov, lo obligaron a subir al coche y se lo llevaron. En el centro del distrito el comisario le preguntó por qué había permitido que aquel barbudo pa-

sara la noche en su cobertizo. Vavílov pensó un momento antes de responder:

–Me dio lástima.

–¿Le preguntaste quién era? –insistió el comisario.

–¿Para qué iba a preguntárselo si ya había visto que era una persona como cualquier otra? –contestó Vavílov.

Tras mirarlo a los ojos un largo rato sin pronunciar palabra, el comisario dijo al fin:

–De acuerdo, vete a casa.

Después de aquello, todos los del pueblo se reían de Vavílov y le preguntaban si le había gustado el paseo en coche.

Regresaba a casa, con paso acelerado, por la calle desierta. Ansiaba volver a ver a sus hijos y su hogar, y parecía que la angustia que le causaba la inminente separación se hubiera adueñado de su cuerpo y sus pensamientos.

Entró en casa y las cosas que vio eran las mismas de siempre, pero aquella vez se le antojaron nuevas, le conmovieron y tocaron todas las fibras de su alma: la cómoda, cubierta con un tapete de punto; las botas de fieltro, zurcidas y remendadas con retales de color negro; el reloj de pared encima de la ancha cama; las cucharas de madera con los bordes mordisqueados por los dientes impacientes de los niños; las fotos de los familiares en un marco de cristal; la taza grande y ligera de hojalata fina de color blanco; la taza pequeña y pesada de cobre oscuro; los pantaloncitos grises con reflejos azulados de Vaniusha,⁸ desteñidos a fuerza de innumerables lavados, que irradiaban una especie de tristeza difícil de explicar. La casa misma poseía una curiosa cualidad, propia del interior de las isbas rusas: era estrecha a la vez que espaciosa. Se notaba que hacía mucho tiempo que estaba habitada por sus dueños y antes por los padres de éstos y que, todos juntos, le habían insuflado la calidez de su aliento. Parecía que ya no

8. Apelativo cariñoso de Vania.

quedaba nada más que hacer en aquella vivienda para mejorarla pero, por otra parte, daba la impresión de que quienes allí vivían no tenían intención de permanecer en ella por mucho tiempo, como si acabaran de llegar, dispusieran sus cosas de cualquier manera y estuvieran a punto de ponerse en pie y volver a marcharse dejando las puertas abiertas... ¡Qué felices que se veían los niños en aquella casa! Por las mañanas, Vaniusha, rubio como una flor viva y cálida, correteaba por allí repiqueteando en el suelo con sus pies descalzos...

Vavílov ayudó a Vania a subir a una silla alta. Su mano, callosa y áspera, percibió al tacto la calidez del cuerpo de su hijo, cuyos ojos claros y alegres le regalaron una mirada cándida y confiada. Con su voz de hombre minúsculo, que jamás había pronunciado una palabra zafia, fumado un cigarrillo ni bebido una gota de vino, Vania preguntó:

–Papito, ¿es verdad que mañana te vas a la guerra?

Vavílov sonrió y los ojos se le anegaron de lágrimas.

Título de la edición original: *Za pravoye delo*
Traducción del ruso: Andréi Kozinets

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S. L.
Avinguda Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: agosto 2014

© The Estate of Vasili Grossman, 2011
© de la traducción: Andréi Kozinets, 2011
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2014

Conversión a formato digital: María García
Depósito legal: B. 7787-2014
ISBN: 978-84-16072-67-5

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.